



RESISTENCIA Y CAUTIVERIO EN CLM

Recordados en Europa, olvidados en España

Antonio Selva Iniesta

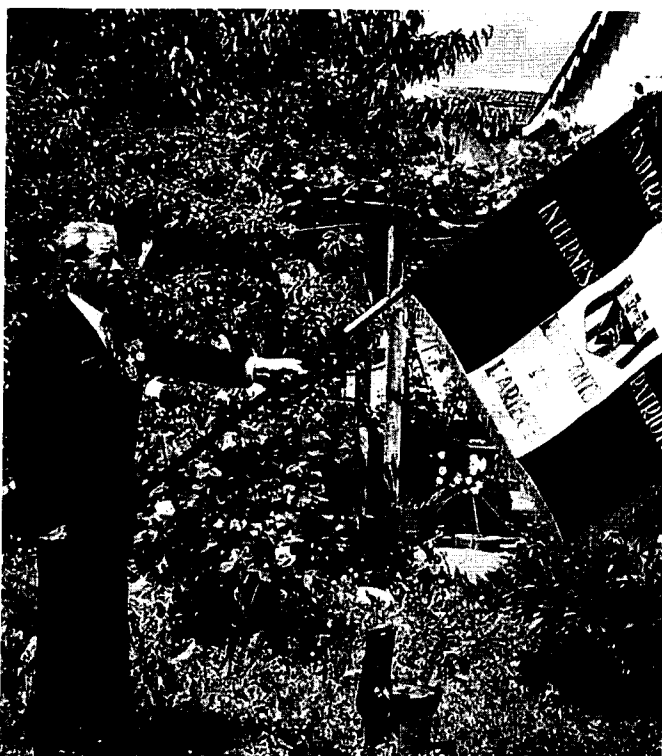
Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel"

Lentamente, casi en silencio, uno tras otro van desapareciendo los últimos supervivientes españoles de los campos de concentración nazis. Homenajeados en Francia, Alemania, olvidados en su tierra; a veces una necrológica, como la publicada en Francia en la que se da cuenta de la muerte de Marcial Córcoles López nos devuelve a la memoria su drama. Comienza así: Nuestro amigo Marcial Córcoles acaba de morir. Lo sabíamos muy cansado, pero no pensábamos que se iría así de rápido.

La noticia de su muerte ha causado gran consternación en el mundo de los deportados, de la resistencia y de los antiguos combatientes.

Porta bandera devoto de su asociación, pese a su edad ha estado presente en todas las ceremonias de recuerdo. Para acompañarlo a su última morada, hay mucha gente, todos en un recogimiento profundo cuando escuchaban con emoción el discurso fúnebre pronunciado por el presidente departamental de la F.N.D.I.R.P. (Federación nacional de deportados e internados resistentes patriotas), André Gaucher".

Marcial había nacido en Ayna (Albacete) el día 7 de octubre de 1917, hijo de Eustaquio Córcoles Palacios, y de Ascensión López Felipe, ambos vecinos de Ayna. Hijo y nieto de jornaleros, Marcial conoció la guerra de España, y los campos de refu-



Marcial Córcoles.

giados en Francia. Al principio de la II Guerra Mundial se puso al servicio de Francia y destinado al norte, hecho prisionero el 4 de junio de 1940 y enviado ese mismo día a Austria, al terrible campo de la muerte, a Mauthausen, a trabajar en la cantera subiendo la escalera de 186 peldaños donde tantos deportados encontraron la muerte. Le contó Marcial a su sobrino Antonio Alfaro que los alemanes desconfiaban de los españoles porque venían de otra guerra y esto les hacía ser más duros y peligrosos; por eso dice que en cierta ocasión subiendo por la escalera después de la jornada con una piedra a la espalda

el que iba delante cayó. El guardián de las SS sin mirar a Marcial dijo "tíralo abajo", en ese momento se dio cuenta de que era español y entonces en lugar de a él ordenó lo mismo al que iba delante del caído, al negarse este diciendo que eran amigos o paisanos —no lo recordaba bien— el SS dijo, "para que no esté solo, tú también abajo" y los empujó a los dos.

Los recuerdos de Marcial recogidos por su sobrino nos desgranar episodios de sadismo, pero también de solidaridad. "Lo de Paulino sí que fue una odisea, también era de Albacete, creo que de Alcazozo, pero no estoy seguro, no recuerdo como, pero a Paulino lo mandaron en un camión al castillo de Hartheim para experimentar con él, pero tuvo la suerte de que el conductor del camión o era de Albacete o muy conocido, el caso es que

RESUMEN:

Antonio Selva, miembro del Instituto de Estudios Albacetenses, nos ofrece en este trabajo algunas semblanzas de manchegos que pasaron por los campos de concentración y que pudieron sobrevivir; concretamente nos habla de Marcial Córcoles López o de Salustiano Checa. También nos habla de los que perdieron allí la vida. La última parte de su artículo la dedica a la memoria de las mujeres republicanas y sus vicisitudes en Albacete al finalizar la guerra civil, para restituir, en alguna medida, la memoria sobre estas personas, por lo general olvidadas en los libros de Historia.

tramaron que a la llegada al castillo Paulino haría como que estuviese muerto; tras comprobar los SS que estaba muerto llenaron el camión con cadáveres para quemarlos, de esta forma Paulino pudo sobrevivir al castillo de Hartheim, seguramente fue el único”.

Torso desnudo, manos vacías, abatidos, privados de comida los deportados de Mauthausen no tendrán nombre, ellos tendrán números, matrícula; Marcial era el nº 4352.

Marcial, tuvo no obstante la fuerza y la voluntad de sobrevivir. Casado por poderes con Carmen Costa Gonzales-Guerrero el 16 de agosto de 1946, Marcial volvió en mayo de 1980 con motivo del 35 aniversario de la liberación del campo acompañado de compañeros y familiares a Mauthausen.

Muy mermado de salud sobrevive en Bompas otro albaceteño, Salustiano Checa (el chato), superviviente a los horrores de un holocausto con nombres albaceteños.



Salustiano Checa tenía 23 años cuando empezó la Guerra Civil, nacido en una aldea situada entre Casas de Haro y Casas de Guijarro, su universo se reducía a la aldea natal de Casa de las Beatas, La Roda y Albacete, donde trabajaba en la fabricación de gomas en la carretera de Jaén. Incorporado a filas en la 3ª Brigada Mixta, compuesta en su mayoría por albaceteños, combatió en el frente de Madrid y en el Ebro. Alejado de su familia no pudo asistir al entierro de su padre, ni tampoco al de su madre. Casado durante la Guerra, este cabo de carabineros, en cuyo rostro se distinguen las cicatrices de la metralla que le marcó para siempre, cruzó la frontera con Francia, junto a tantos otros, camino del exilio en febrero de 1939.

En sus recuerdos están aquella madre francesa que con su hijo de la mano le dio una taza de caldo y un trozo de pan. Salustiano dice que no hay vez que pase por ese lugar y no lo recuerde. Muy cerca de la frontera con su uniforme quemó una etapa de su vida. Desarmado, internado en Saint-Cyprien y más tarde en Argelès-Sur-Mer, (el pasado 24 de febrero de 2001, 100.000 velas encendidas recordaban a los españoles allí internados en febrero de 1939), Salustiano será obligado a incorporarse a la 115 Compañía de Trabajadores Extranjeros. Con la

capitulación de Francia permanecerá como prisionero de guerra en Estrasburgo un breve periodo, hasta que junto con otros exiliados españoles es internado en el campo de Mauthausen. Salustiano se convertirá desde ese momento en el prisionero nº 5252, impreso sobre un triángulo azul, color con el que los nazis distinguían a los prisioneros apátridas. Condición que les venía por la decisión del gobierno de Franco, que consideró que fuera de España no había españoles.

En Mauthausen coincidió con otros albaceteños, —entre los cerca de 10.000 prisioneros españoles—, o de lugares próximos, como su primo José María Checa Ortiz, conque se del pueblo de su padre, Rubielos Bajos, muerto en el campo satélite de Gusen el 19 de diciembre de 1941, o su paisano de La Roda, Miguel Carrizo Díaz, el prisionero número 820, fallecido el 24 de septiembre de 1941. La total incomunicación entre ellos hizo posible que hasta mucho tiempo después de la liberación Salustiano no se enterara de la muerte de su primo José María.

En estos cinco años de cautiverio, Salustiano conoció las atrocidades practicadas en el campo, vio cómo machacaban la cabeza de un prisionero contra el hielo al final de los fatídicos 186 escalones de la cantera. Durante este tiempo trabajó reponiendo adoquines en las carreteras, hasta que fue trasladado a otro de los campos satélites del de Mauthausen, el “comando” de Ebensee. Su mayor preocupación fue entonces que durante el mismo no conectaran el tubo de escape del camión con el interior y morir asfixiado, como había sucedido en otras ocasiones, en las que con el pretexto de un traslado se daba muerte a los pasajeros.

La falta de alimentos llevó a Salustiano a no pesar más de 40 kilos, sin embargo nunca llegó a perder la esperanza de mantenerse con vida. Su historia en la lucha por la supervivencia, “si te veían sin fuerzas estabas listo”, es lo que dice le pasó a su primo. Salustiano le proporcionaba comida y éste la cambiaba por tabaco, “eso lo mató”. El 5 de mayo de 1945 era liberado, tenía entonces 32 años de los que nueve los había pasado entre guerras, campos de prisioneros y sobre todo entre hambre, miseria y el desencanto de la esperanza frustrada que fue la II República.

En Mauthausen murieron 7.000 españoles, desde entonces un monumento les recuerda con la leyenda “Homenaje a los siete mil republicanos españoles muertos por la libertad”.

En 1975 Lala, nieta de otro superviviente, el hellinero Enrique López (también fallecido), depositó una corona de flores con la bandera tricolor de la República al pie de este monumento, con ella estuvo también la hija de uno de los organizadores de la resistencia en el campo, Santiago Bonaque natural de Yeste, que también sobrevivió y contó su experiencia en un libro.

Sin embargo otros 93 albaceteños no tuvieron la misma suerte. En mayo de 1986 José Antonio Domingo publicó un artículo en *La Verdad* titulado “Exterminados cien albaceteños en Mauthausen, tomando como base el libro en el que colaboró Bonaque y que hoy es un clásico, “Triángulo azul”.

Jordi Pujol, Jordi Solé Tura, Joan Lerma, Pasqual Maragall, Joaquim Molins, Miquel Roca, Joaquim Nadal, forman parte entre otros del Comité de honor de la Amical de Mauthausen y otros Campos de todas las víctimas del nazismo de España. Asociación que tiene por objetivo cumplir el juramento de los supervivientes de contar aquellos horrores, para que nunca más vuelva a suceder una tragedia como aquella.

Cuando me dirigí a la “Amical de Masuthausen” recibí una carta adjuntándome la relación de fallecidos con indicación de su número de prisionero. En ésta Antonio Roig, conocido por sus intervenciones en programas de televisión me decía: “No queremos molestarles, pero sí tenemos el deber de pedirles que

Manuel Razola: Un testimonio

Es co-autor, junto con Mariano Constante, del libro «Triángulo azul». Los republicanos españoles en Mauthausen (Ediciones Península, 1979). De familia de campesinos, nació en Sacedón (Guadalajara) en 1900. Tras el final de la guerra civil pasa a Francia donde queda internado en el campo de Setfont. Allí forma parte de las Compañías de Trabajadores. Nuevamente detenido por los alemanes, permanece hasta enero de 1941 en un campo para prisioneros de guerra, desde donde es enviado –en esa fecha– al de Mauthausen. Allí desarrolla un ingente labor para poner en contacto a los prisioneros republicanos españoles. Asume diversos campos de responsabilidad en la organización del PCE dentro del campo. Tras la liberación de éste, sería nombrado secretario de la Asociación de Deportados Internados Españoles Antifascistas, y posteriormente vicepresidente de la Federación Internacional de Deportados.

A continuación reproducimos un testimonio de Manuel Razola sobre los dirigentes nazis en Mauthausen y sobre la organización de resistencia española dentro del mismo. El fragmento pertenece al libro antes citado.

Sangre fría e inteligencia

Los convoyes de españoles fueron sucediéndose hasta el verano de 1941. El más importante de éstos, en cuanto al número de deportados, llegó en diciembre de 1940, procedente de Estrasburgo; algunos de esos compatriotas desempeñarían, con el tiempo, un papel determinante en la organización clandestina: Perlado, Santiago Raga, Esparbé, Giménez, Lavín, Suñer, Serrano, etc. En enero de 1941, Pagès y Juan Tarragó; más adelante, Constante, Bonaque, Borrás, Leiva, Donato y yo.

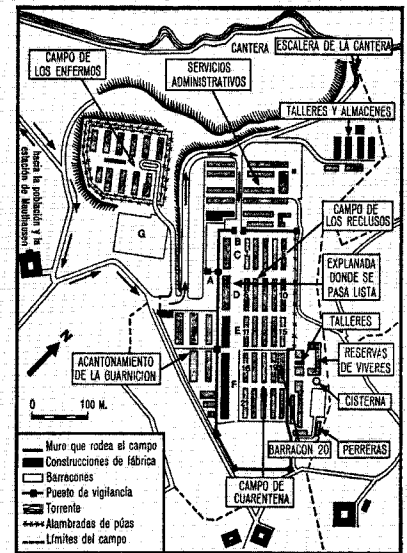
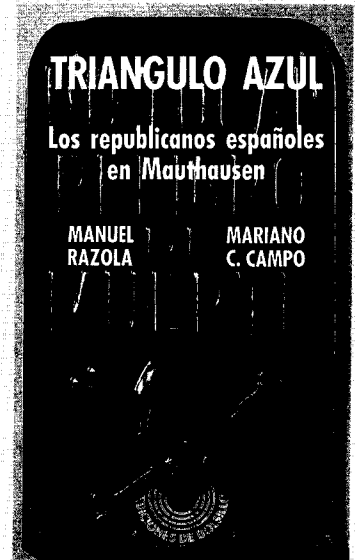
Por aquella época no existían más que dos campos: Mauthausen, el campo central, y Gusen; ambos estaban comandados por el *Hauptsturmführer* Zierys, que ejercía el mando desde la *Kommandantur* de Mauthausen. Los responsables de la disciplina en Mauthausen eran Bachmayer y Schultz. Bachmayer presenciaba día y noche las matanzas; poseía una verdadera inteligencia del crimen, e inventaba a diario nuevos métodos de tortura y de exterminio. Schultz se ocupaba de la dirección de las diferentes oficinas; no por ello fue menos criminal, pero no ejecutaba personalmente; daba a sus subordinados las órdenes de ejecución. Por añadidura, disponía de un equipo de soplones escogidos entre los presos de derecho común.

En el interior del campo, los grupos de trabajo, estaban mandados, tal como los hemos visto anteriormente, por presos alemanes de derecho común. Habían sido nombrados por los SS y perpetraban los mismos

crímenes que sus amos, a menudo más atroces todavía, con el fin de congraciarse con, ellos. Había polacos que tampoco tenían nada que envidiar a los alemanes a este respecto; habían sido hechos prisioneros por razones de segregación nacional y no por actos de resistencia al fascismo; su campo de acción se extendía especialmente a Gusen, donde muchos españoles fueron víctimas de sus atrocidades.

En un lugar tal como Mauthausen resultaba, pues, imprescindible enfrentarse a todas las eventualidades con la máxima sangre fría e inteligencia; rápidamente se impuso la necesidad de crear una dirección (clandestina, por supuesto) que coordinase y dirigiese el movimiento de resistencia.

El 22 de junio de 1941, el primer día de guerra contra la URSS, el campo de Mauthausen fue sometido a una desinfección general. A las dos de la madrugada nos apiñaron en la plaza del garaje, completamente desnudos, y así permanecimos hasta el día siguiente. Ésta fue una inesperada ocasión brindada a los comunistas españoles para concertarse y examinar todos los problemas.



El campo de Mauthausen después de haber quedado terminado

se hiciera un homenaje a todos nuestros compañeros que dieron su vida en defensa de la Libertad y la Democracia, y sería honroso poder dedicarles un Monumento”.

Han pasado 56 años y Europa sigue padeciendo tragedias de diversa magnitud, ninguna como aquella, pero el juramento y el espíritu de aquellos hombres sigue vivo.

No son sin embargo los únicos olvidados, precio injustamente pagado por una salida pactada a la Dictadura del general Franco, intelectuales albaceteños de la talla de Tomás Navarro Tomás, Maximiliano Martínez Moreno y tantos otros exiliados fuera de España o exiliados dentro de sus casas como Alberto Mateos. Otros largamente olvidados son los “maquis”, quienes tras largo tiempo de reivindicación han conseguido, los poquisimos supervivientes, que les borren de sus expedientes la designación de bandoleros.

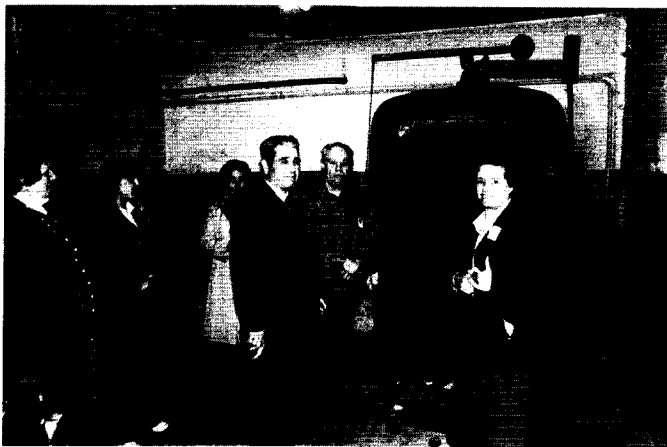
Las mujeres

Pero quiero dedicar un recuerdo especial para unas víctimas aún mayores del olvido, las mujeres, sobre ellas se alza un velo de silencio aún mayor.

Lo que más se conoce de las consecuencias que tuvo para las mujeres la dictadura del General Franco, es la represión física que se ejerció sobre ellas. En los libros editados, los testimonios de mujeres hablan de la brutalidad que sufrieron, pero aún nos queda por analizar lo que fueron, lo que supusieron esos primeros veinte años de ignominia, de terror...

Si bien como señala Juana Doña, puede, “que sea éste el capítulo más conocido de la profunda y larga represión de la mujer en estos cuatro decenios significa que, de nuevo la mujer pasó por la historia en su estado de “invisibilidad”, sin que ni historiadores, ni literatos, ni aún los que denunciaban el estado dictatorial “reparasen” más (algunos los menos) que en poner unas líneas en algunas detenciones. Habría que esperar a que las propias mujeres, cuando empezaron a resurgir (en los años 60-70) con mentalidad de mujer y orgullo de serlo, plantasen ante una sociedad masculinizada la barbarie que se había cometido contra ellas”. (Evidentemente, y no sólo contra ellas.)

Barbarie que ya en 1936 denuncia Margarita Nelken a Mme. Malaterre-Sellier (carta abierta parcialmente publicada en el *Diario de Albacete* del 12 de diciembre de 1936) que dice así: “Cada domingo, se puede asistir en las calles principales de Vitoria a la procesión de las prisioneras a quienes se lle-



va a misa. La procesión consiste en un desfile de todas las mujeres, hijas y hermanas de los rojos, comprendiendo entre éstos lo mismo a los republicanos moderados y a los meros afiliados a los sindicatos. Estas mujeres peladas al raso, con un solo mechón de cabellos, anudados grotescamente con los colores monárquicos, son obligadas a desfilar con el brazo extendido, haciendo el saludo fascista, y gritando sin cesar “arriba España”, a cuya voz fueron asesinados los hijos, y “abajo Rusia”. Desde las aceras, la muchedumbre de “personas de orden” se burla, insulta y lanza sobre estas desgraciadas, todo cuanto le place, salvavazos y objetos”.

“Detrás de ellas, siguen el cortejo llorando, sollozando, aullando los pequeños.

¿Habéis entendido bien? Sí, los hijos de estas mujeres, encarceladas como ellas, y a quienes se hace salir cada domingo para que nunca jamás se borre de sus pensamientos, de sus retinas, la visión dantesca de sus madres ultrajadas. Al retorno, el espectáculo es el mismo”.

Tres años más tarde se asistiría en todo el territorio del Estado Español a vivir esta situación de forma generalizada.

Fueron miles las personas detenidas según consta en el Archivo de la Causa General como muertes violentas, mil seiscientos cuatro en Albacete, muertos documentados. (Manuel Ortiz Heras *Violencia política en la II República y el primer franquismo*¹), de ellas quinientas setenta y ocho por asfixia, traumatismos, hemorragias y demás consecuencias de la tortura. No se incluyen los desaparecidos, donde tan sólo en los “barreros” de Villarrobledo las cifras publicadas producen escalofríos. Recientemente se ha publicado un libro titulado *Hijos de la guerra. Testimonios y recuerdos*², donde bajo un nombre ficticio Angelines narra como su madre fue una de ellas: “Entonces se empezó a contar por el pueblo lo que pasaba. Que les pegaban y luego los tiraban a los barreros, que son esos pozos profundos, de cuarenta metros, de donde se saca el barro para la cerámica. Los tiraban vivos y luego echaban cal viva y bombas. Fueron pocos días, pero mataron a cientos. El pueblo quedó exterminado. Y de ninguno dijeron nada, sólo que ya no estaban allí, que habían desaparecido. Las viudas que quedaron no pudieron cobrar el subsidio hasta después de 1980, porque no dijeron nunca que los habían matado. Mataron también a muchas mujeres, como a mi madre”.

A ello habría que sumar los cortes de pelo a rape a las mujeres, que entre burlas barrían plazas, calles e iglesias, como en La Roda, Pozo Cañada, Tobarra, Yeste y tantos y tantos otros pueblos de Albacete, mientras contenían los horribles retortijones, consecuencia del aceite de ricino, y sus hijos miraban desde las aceras.

Mujeres ocultas tras un velo de silencio que sustituyó al velo con que cubrieron sus cabezas, escondiendo la humillación y el señalamiento del que eran objeto, habían sido las vencidas, las perdedoras, había que exterminarlas, hacerlas desaparecer para escarnio propio y ajeno, de éstas y futuras generaciones.

Otras mujeres en años anteriores también cubrieron (en este caso sus cabezas) con velos de luto por sus setecientos siete muertos, también según el archivo de la Causa General. De ellos ciento once ejecutados en virtud de sentencia de los Tribunales Populares (por sublevarse contra el gobierno). El resto, siempre demasiado, sin juicio como los cincuenta y tres linchados el veintidós de septiembre de 1936. Escenas terribles en las que también fueron mujeres las que recogían a sus muertos de cunetas, tapias, descampados.

Hechos que sin duda sirvieron para castigar con mayor saña a los perdedores de una “cruzada” y poblar cada rincón del espacio público con nombres dedicados a los vencedores... calles, plazas, “monumentos” que dejarían constancia del ambiente irrespirable de la noche más larga de nuestra historia.

Forman parte de mis recuerdos de infancia, aquellas mujeres vestidas de negro que huyendo de sus pueblos se hundieron aún más en las ciudades, sin pensiones de orfandad, ni viudedad, excluidas de las concesiones de estancos y quioscos. No, no les dejaban muchas salidas.

Algunas que trabajaban ante de la guerra, como Pilar Beléndez, dependienta en Almacenes Mateo Sánchez que fue despedida y condenada a seis meses y un día por auxilio a la rebelión; su hijo Luis Guillermo García-Saúco aún conserva tanto la condena como el salvoconducto para poder irse unos días de viaje de novios, y así, una larga lista de mujeres que te cuentan sus historias recordando a veces, otro día en el que de rodillas en el pasillo de su casa rezaban aterrorizadas ante la noticia que llegaba del Congreso de los Diputados, un veintitrés de febrero.

Para estas mujeres, sólo quedó hambre, miseria, dolor, miedo... y ellas aún hoy ocultan sus caras, sus nombres para que no se sepa que en algunos casos fueron familiares o vecinos los que literalmente les arrancaron sus mechones de cabellos.

Todas estas mujeres no tendrán homenajes, calles, monumentos, sólo espero que su velo caiga de una forma natural, haciéndoles justicia, sintiendo que su dolor y desigualdad es la de todos, mujeres y hombres.

Con todo esto, como dice el profesor Fontana en el prólogo al libro *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a los Llanos*.³ “No se trata de volver a abrir las heridas ni de prepararse para nuevos combates. Pero no es lícito exigir que los herederos de quienes perdieron aquella guerra –y la perdieron la mayoría de los que lucharon en ella, en uno u otro bando– renuncien a comprender los motivos de aquel enfrentamiento, ni a reivindicar aquellos objetivos que mereció la pena defender. Hay que estudiar seriamente la guerra civil y el franquismo para que no se arrincone su recuerdo como un viejo espantajo –cuando tantas de sus secuelas siguen vivas– o para que no nos lo transformen en una necesidad histórica mal interpretada, que algunos intentan hoy recuperar positivamente”. ■

NOTAS

¹ Ortiz Heras, Manuel. *Violencia política en la II República y el primer franquismo*. Ed. Siglo XXI. Madrid, 1996.

² Reverte, Jorge M y Tomás, Socorro. *Hijos de la guerra. Testimonios y recuerdos*. Ed. Temas de hoy. Col. Historia viva. 2001. Pags. 215-219.

³ Ortiz Heras, Manuel (Coordinador), *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a los Llanos*. Ed. Celeste. Madrid, 2000. Pág. 12.